

I LITERATURA ESPAÑOLA Y LATINOAMERICANA ESCRITA POR MUJERES: NUEVAS PERSPECTIVAS DE ESTUDIO Y RECUPERACIONES

Spanish And Latin American Literature Written By Women:
New Perspectives And Recoveries

FRAN GARCERÁ

Centro de Ciencias Humanas y Sociales-CSIC, Madrid

franciscojavier.garcera@cchs.csic.es

El primer nombre de autor conservado para nuestra historia cultural y literaria es el de una mujer, Enheduanna, sacerdotisa acadia que trataba de elevar en himnos y ceremonias su voz frente a un entorno social que resultaba hostil a su presencia. Si pensamos que la escritura data del tercer milenio antes de Cristo y que los cantos conservados de Enheduanna aparecieron 350 años después, la relación de la mujer con la literatura es tan temprana y esencial como lo es que nos hayan hecho creer durante siglos que la escritura era tan solo asunto de hombres. En *Guardar la casa y cerrar la boca: En torno a la mujer y la literatura*, Clara Janés presenta un recorrido indispensable por diferentes culturas y contextos históricos para acercarnos a la expresión y el pensamiento del talento de diversas escritoras y sus obras. Si abandonamos el culto religioso donde se movía la ancestral sacerdotisa, podemos comprobar que en algunos países encontramos una escritura sexuada, esto es, una escritura femenina y otra masculina. Esta paradoja alcanzará su punto culminante en Extremo Oriente. En torno al siglo v a.C., en China –frente al papel de la mujer como esposa, madre e hija en el ámbito de la familia– surge una clase de cortesana culta y valorada por su talento, tal y como ocurrió en Corea y Japón. No obstante, el resto de las mujeres pertenecientes al vulgo no tenía derecho a la expresión; sus manifestaciones eran reducidas a polvo para no ensombrecer el honor familiar si lo hacían. Pese a las restricciones puestas a la mujer en este país, han quedado algunos poemas escritos en antologías clásicas chinas, como el caso de la poeta Ts'ai Yen (finales del siglo II). No obstante, tendremos que esperar varios siglos más, así como el acaecimiento de grandes cambios en la situación de la mujer en China, para encontrarnos con una de sus más excelsas poetas: Li Qingzhao (1083-1151). Del mismo modo, casi un milenio después, en torno a 1800, surge otra de sus grandes voces: Wu Tsao. En el campo de la narrativa encontramos a la prosista Murasaki Shibuku, autora de una de las grandes novelas del siglo X y de la literatura universal: *La historia de Genji*, comparada con *Don Quijote de la Mancha* de Cervantes o el *Decamerón* de Boccaccio, entre otras grandes obras.

De la India a Irán o de Afganistán a Grecia, las manifestaciones literarias femeninas no dejan de sucederse a lo largo de la historia. En este último país nace la cono-

cida poeta Safo (602 a.C.) en la isla de Lesbos, que no solo vivía de su escritura y fue respetada por filósofos como Platón, sino que también fue desterrada en tres ocasiones por sus intereses políticos. Ahora bien, de cada uno de sus exilios regresó para convertirse en el centro de su sociedad intelectual y crear la primera escuela dirigida a jóvenes muchachas de la historia. Por el contrario, la mayoría de las mujeres vivía recluida y su educación era dada por parte de sus madres. Pocas de ellas recibían una educación completa como la del hombre a excepción de las heteras como Targelia, Diotima o Aspasia, esta última compañera del político y orador ateniense Pericles, cortesanas pertenecientes a la clase superior, independientes económicamente y aptas para acudir a conferencias o departir en discusiones filosóficas. En Alejandría, tras la muerte de Alejandro Magno (323 a.C.), las mujeres tuvieron mayor libertad. De hecho, su mayor exponente será la filósofa Hipatia, que con la irrupción del cristianismo como religión oficial (siglo v) fue acosada por una turba de fanáticos y brutalmente asesinada. Así, se acababa ese movimiento y la autonomía conseguida por las mujeres en esa ciudad.

En el siglo x surgen las poetas árabe-andaluzas de Al-Ándalus, que desarrollaron un tono de gran desenvoltura e hicieron gala de una libertad expresiva, originaria de una tradición literaria mediorientales en la que la expansión oral del erotismo a través de los relatos de *Las mil y una noches* abriría las puertas de su empleo en la literatura en los países árabes. No obstante, las posibilidades que las árabe-andaluzas tenían a su alcance como su participación en el campo de la cultura o incluso de la medicina, eran muy distintas con respecto a las que podía aspirar el resto de musulmanas o cristianas. El poema conservado más antiguo de la primera poeta árabe-andaluza conocida pertenece a Hassana al-Tamimiya, cuya fecha de nacimiento se sitúa en el emirato de Abderramán I (756-788). Otras poetas árabe-andaluzas cuyos nombres han perdurado hasta nuestros días son Al-Gassaniyya, la princesa Wallada, su discípula Muhya bint al-Tayyani o Al-Qurtubiyya, Mut'a (poeta esclava), Butayna, Ibna ibn al-Sakkān, etc. Posteriormente, tendremos que esperar hasta nuestros días para hallar un tono que se aproxime al de los poemas de las árabe-andaluzas. Siglos más tarde y con el contexto ideológico cristiano de fondo, relegada la mujer a un segundo plano y acusada de los males primigenios de la humanidad, Janés aporta una de los datos más sorprendentes y desconocidos de la historia cultural femenina: las mujeres guerreras y sus órdenes de caballería. Hubo mujeres que desempeñaron acciones bélicas y se enfundaron una armadura para luchar en el campo de batalla: Matilde de Toscana o de Canossa, la duquesa Gaita de Lombardía, la reina Urraca I de León, Jeanne de Dampierre condesa de Monfort, Isabel de Castilla La Católica, Catalina Sforza duquesa de Imola y Forlì o la reina Tamara de Georgia. También, fueron numerosas las órdenes de caballería exclusivamente para mujeres. En 1149, Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, funda la Orden de las Damas de Tortosa o del Hacha, en reconocimiento por aquellas que defendieron Tortosa de los musulmanes. Juan I de Castilla fundó la Orden de las Damas de la Banda, en reconocimiento a aquellas que ayudaron en la defensa de Palencia frente a los ingleses, entre

otras órdenes surgidas en otros países europeos. En este contexto de paradojas y de misoginia tan marcadas, muchas de ellas optaban por el convento como opción para el desarrollo de sus aptitudes intelectuales: sor Juana Inés de la Cruz, sor Marcela de San Félix, sor María Jesús de Ágreda, sor María de Santa Isabel (poetisa que escribió bajo el seudónimo de Marcia Belisarda) o Ana Francisca de Abarca y Bolea.

Precisamente, el volumen editado por Nieves Baranda Leturio y M^a Carmen Marín Pina, *Letras en la celda: cultura escrita de los conventos femeninos en la España moderna*, reúne estudios de diferentes investigadores que abordan esa línea de escritura femenina muy ligada a la vida conventual, pero siempre supervisadas por individuos pertenecientes a los estamentos masculinos de sus instituciones: confesores, frailes, obispos, etc. Uno de los rasgos más característicos de estas autoras es la falta de una educación formal letrada. Pese a que las monjas son en este momento el colectivo que recibe más educación entre las mujeres, eso no quiere decir que su escolarización haya sido la misma que la destinada al sector masculino de la sociedad y es por esto que en su mayoría carecen de las bases que sí poseen los hombres educados. Encontramos excepciones como lo son sor Juana Inés de la Cruz o sor Juliana Morell; a esta última su padre la educó de una forma muy activa. Esta vicisitud hacía que sus textos se mantuvieran en los márgenes de la cultura letrada, pero también les otorgaba una cierta libertad expresiva. Otra de las características más acusadas de este grupo de mujeres es la falta de autoridad en la escritura, pues debían someterse a un control posterior de lo escrito. Otro dato que marca de manera inexcusable la escritura conventual femenina es la difusión de sus obras. La gran mayoría de ellas no se imprimieron y su número de lectores se redujo a las hermanas del convento o a otros miembros, tanto masculinos como femeninos, de la propia orden a la que pertenecían o de su entorno. Muchas de estas obras manuscritas son textos testimoniales en forma de relato o de cuestionarios precisos a demanda del destinatario, fuera este una persona o un colectivo, en relación con la vida de algún miembro de la orden y de los que solo se ha conservado, en general, una única copia. Esto hace constatar que su creación y difusión posterior se producían en un mismo entorno sin traspasar los límites de la propia congregación y su círculo más inmediato. Por supuesto, el número de obras que llegó hasta la imprenta fue todavía menor y pocas de ellas se publicaron en vida de las religiosas.

Otro tipo obras que se han preservado son las de carácter profano que las autoras componían en sus momentos de ocio conventual: poesía, teatro y ficción con cariz religioso, aunque su llegada a la imprenta era igualmente una tarea complicada. No obstante, por lo que respecta a la poesía, sí era más sencillo y algunas de sus autoras pudieron ver sus obras publicadas: Violante do Céu (*Rimas*, 1646), Mariana Sallent (*Vida de santa Clara*, 1700) o María Nicolasa Helguero y Alvarado (*Poesías sagradas y profanas*, 1794), entre otras. Así, la forma de poesía más visible para este colectivo religioso fue la destinada a las justas o certámenes poéticos donde participaban junto con otros escritores y escritoras profanos. De esta manera, las religiosas no solo componen versos para sus congregaciones, sino también para su lectura pública y su di-

vulgación en el volumen que inmortaliza la celebración del evento. Incluso se alzan, en ocasiones, con el premio. De este modo, la poesía se convertía en un medio para comunicarse con el exterior y establecer redes de relaciones con la sociedad urbana de su entorno. Esa misma función cumplían las cartas, que servían de canal entre las monjas y la comunidad exterior laica. Un ejemplo de ello podemos encontrarlo en el epistolario de la madre Isabel de Santo Domingo conservado en el Archivo del Convento de San José de Carmelitas Descalzas de Zaragoza, del que además fue su fundadora. Entre otros documentos, hay en su haber un total de 128 cartas en un período comprendido entre 1615 y 1623, relativo a sus años finales. En ellas queda patente el mundo interno del convento y sus engranajes domésticos, hasta constituirse esta comunicación por correspondencia en una verdadera necesidad vital para sus interlocutoras. Otro de los aspectos más interesantes que pone de relieve este volumen es lo lejos que podía llegar, en algunos casos, la influencia de estas monjas tras pasar los muros de sus conventos a través de sus obras, pero también la movilidad a la que se veían abocadas. En principio, los desplazamientos de estas mujeres se producían en las cercanías de sus conventos, pero también se da el caso de otras que viajaron hasta lugares más distantes de Europa o al otro lado de su mundo conocido, como México, Perú o Filipinas. Al llegar a estos nuevos territorios, las religiosas llevaban consigo sus tradiciones y las implantaban en los lugares de destino para que tomaran nuevas formas de expresión. De lo que no cabe duda es de que gracias a estas páginas y los estudios en torno a diferentes aspectos de la escritura y la vida de estas mujeres, llega a nosotros desde nuevas perspectivas una obra hasta ahora desconocida en toda su extensión y un nuevo punto de vista en torno a las relaciones conventuales que traspasaban los muros del convento fuera del estancamiento que tradicionalmente se les había atribuido.

Siguiendo esta línea genealógica que nos aproxima, eslabón a eslabón, a un panorama amplio del quehacer literario femenino, encontramos la obra de la investigadora y poeta M^a Cinta Montagut, *Tomar la palabra. Aproximación a la poesía escrita por mujeres* (Aresta, 2014). Su autora aborda los momentos históricos que hemos visto hasta ahora para dar un paso más en la cronología y estudiar la España convulsa del siglo XIX desde los nombres de sus escritoras y poetisas más conocidas: Emilia Pardo Bazán, Josefa Massanés i Dalmau, Carolina Coronado, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Rosalía de Castro. No obstante, una de las aportaciones de mayor relevancia que realiza esta obra al lector es la inclusión de otras autoras extranjeras que compartieron los mismos años pero en diferentes fronteras y culturas: Emily Dickinson desde el siglo XIX estadounidense, aunque también esboza las trazas de la poesía escrita por mujeres durante el siglo XX a través de la poesía norteamericana y canadiense (Marianne Moore, Anne Sexton, Sylvia Plath, Margaret Atwood o Nicole Brossard), la escrita en lengua alemana (Ingeborg Bachmann y Wisława Szymborska) o rusa (Ana Ajmátova y Marina Tsvetáieva). La renovación estética y cultural que supuso la irrupción de las vanguardias en la España de los años veinte, provocó la aparición de los primeros nombres de las grandes autoras de nuestra literatura contemporánea:

Concha Méndez, Carmen Conde, Ernestina de Champourcin, Josefina de la Torre, Elisabeth Mulder, Lucía Sánchez Saornil o Rosa Chacel, entre otras menos conocidas como María Dolores Arana. Pilar de Valderrama o Ruth Velázquez. Esta época supuso un momento de gran avance en la consecución de derechos para la mujer, cuyo culmen sería la obtención del voto femenino. También contribuyó a ello su inclusión en las aulas y la creación de instituciones como la Residencia de Señoritas o el Lyceum Club. No obstante, el fin de la II República tras el levantamiento militar y la llegada del gobierno dictatorial franquista conllevaría una vuelta atrás en sus derechos e incluso el exilio para muchas de estas poetas. Cinta Montagut fija su atención, asimismo, en las grandes voces que surgen en América Latina y que tanta influencia tuvieron en España en esta época, hasta las que van apareciendo en décadas posteriores. Frente a los nombres y vidas más célebres, como son los de Delmira Agustini, Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni y Gabriela Mistral, trae hasta sus páginas otros menos conocidos pero que surgieron por toda la geografía hispanoamericana y que solo en estos últimos años comienzan a sonar con más fuerza en nuestro país: Rosalía Castellanos, Dulce María Loynaz, Norah Lange, Silvina Ocampo, etc. Durante las siguientes décadas, aparecerán otras poetas que también tuvieron gran influencia, como Olga Orozco, Alejandra Pizarnik, Ida Vitale, Blanca Varela, Gioconda Belli, Cristina Peri Rossi o Piedad Bonnet. La lista resulta más extensa, pero dada la limitación que supone un trabajo de estas características no hay espacio para dar cuenta de todas.

De vuelta en España, los largos años de la posguerra acogen en un contexto de total represión la convivencia de corrientes y autoras muy distintas, desde aquellas que seguían la estela dejada por las vanguardias hasta las que irrumpieron con su verso en grito ante la injusticia social: Ángela Figuera Aymerich, Gloria Fuertes, Angelina Gatell, Concha Zardoya, María Beneyto, María Victoria Atencia, Pino Ojeda, Pilar Paz Pasamar... Todas ellas, desde una posición u otra, escriben para una sociedad cuyo poder dominante quiere relegarlas al espacio de lo privado. Cada poema escrito y cada obra publicada son un síntoma de rebelión contra una época que duraría más de lo previsto. No olvidemos que la mayoría de las autoras exiliadas también seguían escribiendo y publicando desde sus fronteras exteriores e interiores. No obstante, con la superación de la posguerra y el fin de la dictadura, Cinta Montagut incide en la llegada de la gran explosión de la poesía escrita por mujeres en España y los cambios de perspectiva culturales que generó y todavía hoy sigue generando. Otra de las grandes reflexiones de esta obra es la inclusión de un capítulo con las autoras que escriben en el resto de lenguas nativas de nuestro país: catalán, gallego y euskera. Si durante las décadas anteriores la mayoría de las poetas ha sufrido la desatención literaria por el hecho de ser mujeres, aquellas que lo hicieron en alguna de estas lenguas que la dictadura franquista denostaba, sufrieron una doble discriminación. Darles un espacio inicial necesario dentro de nuestra historia cultural es el primer paso para lograr una doble visibilidad: la de nuestra riqueza lingüística y la de nuestra historia literaria plural.

Las escritoras del siglo XIX y de principios del siglo XX buscaron conquistar nuevos espacios de actuación a través del cultivo de relaciones e intercambios culturales con otras mujeres insertas en el ámbito de las letras, fuera y dentro de sus fronteras nacionales. La monografía colectiva editada por la profesora doctora Pura Fernández, *No hay nación para este sexo. La Re(d)ública transatlántica de las Letras: escritoras españolas y latinoamericanas (1824-1936)*, recoge diferentes ensayos interdisciplinares a modo de diálogo entre investigadores de un lado y otro del Atlántico en torno a esta cuestión. El análisis de estas redes culturales y personales establecidas por estas escritoras desde el nacimiento de los nuevos Estados americanos y la España liberal en un contexto de vorágine política hasta la ruptura que significó en todos los ámbitos la Guerra Civil, supone un novedoso acercamiento hacia sus elementos de conexión. Los viajes entre una orilla y la otra, las tertulias, los salones y los balnearios, así como los epistolarios y la prensa, constituyen un nuevo espacio de formación de redes y de enunciación para el quehacer intelectual de estas escritoras y su progresivo traslado desde los ámbitos opresivos de lo privado hacia el hálito revelador de lo público. Son los casos de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Concepción Gimeno de Flaquer, Clorinda Matto de Turner, Emilia Serrano de Wilson o Emilia Pardo Bazán, entre otras. En este sentido, sobre todo a lo largo del siglo XIX, habrá una manifiesta represión social con respecto a la escritura femenina la cual era considerada como una manifestación dentro del ámbito familiar, pero que en ningún caso debía exponerse a la mirada crítica del exterior. Este será uno de los problemas más importantes a los que deberán enfrentarse a la hora de dar sus escritos a las prensas y que en muchas ocasiones les obligará a buscar un patronazgo o mecenazgo masculino del que luego, difícilmente, podrán desligarse. Pocas de ellas conseguirán vivir exclusivamente de la escritura. En cambio, desarrollarán una serie de estrategias de profesionalización y asociacionismo frente a la marginalidad que se les daba desde los centros del poder institucional y que en ocasiones dejará al descubierto el factor de la identificación ideológica entre las autoras como mecanismo de reconocimiento y empatía. En este sentido, en los años finales del primer tercio del siglo XX en España, encontramos un ejemplo de estas redes de colaboración en la relación epistolar de la escritora chilena Gabriela Mistral (1889-1957) con las españolas Concha Espina (1869-1955) y Carmen Conde (1907-1996). En 1933, se instala Mistral en Madrid como cónsul de su país en España. Gracias a la correspondencia conservada, sabemos que Espina se acercó rápidamente a Mistral con la intención de solicitarle unos poemas para la edición de un libro en España, entre otros motivos. De una manera u otra, la autora chilena se niega con diversas excusas a hacerle o deberle cualquier favor a la escritora de tintes más conservadores que los de Mistral, que simpatizaba con los ideales de la II República. En cambio, pone en funcionamiento toda su red de contactos para lograr el apoyo y la publicación de la obra *Júbilos* de Carmen Conde, más afín a su ideario político. Incluso le solicita a Espina que destine el dinero que había recaudado para la publicación de su libro hacia la obra de Conde, a lo que

Espina se niega. Aunque sus intentos resulten infructuosos, Mistral prologa y publica *Jubilos* para manifestar su apoyo a Conde y su escritura. Así, abre las redes para la escritora murciana del mundo cultural latinoamericano a través de su amistad con Norah Borges (que realizaría las ilustraciones del libro), Guillermo de Torre o Jorge Luis Borges. No obstante, la red de Mistral no es exclusivamente femenina, sino que se articula en torno a la solidaridad hacia un sujeto que a su juicio tiene talento y que es amenazado por diversas causas adversas, ya sean políticas, económicas o de falta de apoyo editorial, como hemos podido observar.

En esta misma línea transnacional y de cuestionamiento de paradigmas e imaginarios se sitúa el volumen *Miradas cruzadas: escritoras, artistas e imaginarios (España-EE. UU., 1830-1930)*, coordinado por Fernanda Bustamante y Beatriz Ferrús. Estructurado en dos partes que configuran una doble visión, “Miradas a los Estados Unidos” y “Miradas a España”, se reúnen investigaciones en torno a los viajes realizados por diferentes intelectuales españoles y latinoamericanos a los Estados Unidos y viceversa, es decir, la mirada de tres intelectuales y artistas norteamericanas y el retrato de sus experiencias en España. Desde esa división geopolítica de experiencias del volumen, se analiza el libro *Cinco meses en los Estados-Unidos* del político y escritor Ramón de la Sagra (1798-1871) y cómo, pese a su pensamiento imperialista, no pudo evitar su admiración por la democracia creada en EE. UU. frente a las viejas y anquilosadas formas de poder en Europa, aunque no todas las miradas ni las relaciones con el país norteamericano serán tan benevolentes. La escritora, editora y periodista española Eva Canel (1857-1932) manifestó su animadversión hacia EE. UU. y su política internacional hacia Cuba a través de las crónicas que redactó para los periódicos *El Día de Madrid*, *La ilustración Artística* de Barcelona o *La estrella de Panamá (Star and Herald)*, con motivo de la Exposición Universal de Chicago en 1893. Eva Canel volverá a Cuba y apoyará los intereses peninsulares sobre la isla aunque finalmente se apartará del mundo público por distintos sucesos. Otro ejemplo de estos desplazamientos, aunque esta vez dentro del mismo territorio americano, desde México a EE. UU., acaece con la preparación de la antología de obras literarias mexicanas escritas por mujeres en el siglo XIX, *La lira poblana*, para la World’s Columbian Exposition en Chicago, en 1893. En un país de reciente independencia como México y, por tanto, inmerso en un proceso relativamente temprano de construcción de su identidad nacional, las escritoras llevan sus voces no solo más allá del espacio privado que se les reservaba como guardianas del hogar y de la familia, sino que saltan sus propias fronteras hacia un escaparate de proyección mundial como representantes de una parte de la cultura de su país. Logran involucrarse en los espacios públicos de lo político y lo social en busca del reconocimiento que tradicionalmente se les negaba. Desde esa otra visión del volumen, se abordan las experiencias de las intelectuales y artistas estadounidenses en España, donde sobresale la importancia del Camino de Santiago. En los tres volúmenes que forman *The Way to Saint James*, de la historiadora y medievalista del arte español Georgiana Goddard King (1871-1939), junto con su compañera la fotógrafa e intelectual Edith Lowber (1879-1934), se recogen dos visiones sobre una de las rutas más tradicionales

de nuestra cultura en sus cuatro viajes auspiciados por la Hispanic Society of America (HSA). La unión de sus voces junto a sus fotografías, enmarcadas en el pretexto de la peregrinación, da cuenta no solo de la España de aquel momento, sino también de la desaparición de la figura del viajero y la irrupción cultural y económica del turista. La atracción del Camino de Santiago desde fuera de nuestras fronteras, cautivará también a la autora norteamericana Edith Wharton (1862-1937), que realizaría el trayecto en automóvil en 1925. Todas estas miradas y sus formas de problematizar la realidad, desde una y otra parte de la orilla, no solo suman riqueza a las distintas historias culturales, sino que aportan nuevos diálogos todavía abiertos hacia otras perspectivas de estudio del campo cultural.

Si en estas páginas hemos comprobado la importancia de los epistolarios para la conformación de las redes femeninas en nuestra historia cultural del siglo XIX y comienzos del XX, a mediados de este último encontramos una relación epistolar que perdurará durante diez años y que acogerá las ideas, los proyectos y el testimonio vital de dos poetisas peninsulares: Rosa Chacel (1898-1994) y Ana María Moix (1947-2014). El libro *De mar a mar* (Editorial Comba, 2015), en una cuidada edición de Ana Rodríguez Fischer, trae de vuelta a la actualidad editorial la correspondencia conservada entre los años 1965 y 1975 de estas dos mujeres, que se encontraron la una a la otra en puntos opuestos de su recorrido profesional y personal. Rosa Chacel vivió exiliada en Brasil desde el fin de la Guerra Civil, con alguna estancia en Argentina, como tantos otros escritores e intelectuales que fueron simpatizantes de la II República. Desde su lugar en la lejanía, la correspondencia se convierte en la vía de comunicación para mantener el hilo de la memoria, la diáspora y, también, para darse a las nuevas generaciones que surgen en los años de la dictadura franquista, como será el caso de Moix. La carta que inaugura su diálogo epistolar presenta a una jovencísima Moix que ha leído la novela *Teresa* de Chacel. Le pregunta por sus obras y se interesa por su trayectoria, pues nunca había caído un libro suyo entre sus manos. Al final de la misiva, incluso, llega a preguntarle si ha publicado poesía. Su desconocimiento sobre la figura de la vallisoletana, por tanto, es completo. No obstante, Chacel pertenece a la nómina de escritores de la Generación del 27, lo que convierte esta primera carta en un ejemplo sintomático del olvido tan generalizado que le otorgó su condición de exiliada, sumado a la desatención propia de la crítica y de la historia literaria hacia la gran mayoría de escritoras. Chacel no tarda en responder entusiasmada a Moix. Comienza así un peregrinaje de cartas a un lado y otro del océano que, en el caso de Chacel, muestra una escritura que, más allá de la mera conversación, ahonda en el mundo personalísimo de la escritora así como en el trasfondo de sus obras. Son cartas que se ofrecen a sus interlocutoras como verdaderos tratados de pensamiento puestos en un papel que se revela insuficiente para expresar todos los matices que la conversación personal habitaría entre las dos. Resulta asombrosa la misiva número 26, en la que Chacel impone un tuteo que acerca todavía más a las dos interlocutoras y donde aconseja a Moix un equilibrio entre el espíritu, el cuerpo y la genialidad, para evitar la destrucción nerviosa del individuo que en otros ha dado lugar a sus mejores obras pero que ella no duda en sacrificar por su salud mental.

De este modo, Chacel no solo se convierte en guía intelectual y literaria de Moix sino también, en la medida en que la lejanía lo permite, en su consejera, por la que llega a sentir una verdadera preocupación. Lo mismo le ocurrirá, aunque no con la misma intensidad, con otros dos escritores que compartirán espacio con Moix: Pedro Gimferrer y Guillermo Carnero, a los que se referirá como “el trébol” poético. En definitiva, si antes decíamos que esta correspondencia servía a Chacel para disminuir la distancia que impone su exilio, para Ana María Moix el inicio de esta relación epistolar significa restablecer su conexión con las líneas femeninas de su genealogía intelectual y literaria, que el exilio forzado por los acontecimientos históricos anteriores había truncado.

TRES VOCES PARA EL PRESENTE: SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER, LUCÍA SÁNCHEZ SAORNIL Y MARÍA VICTORIA ATENCIA

En este movimiento de recuperación y ampliación del canon de nuestra historia literaria, son imprescindibles los monográficos que recuperan y estudian la trayectoria profesional y vital de autoras que son prácticamente desconocidas en la actualidad. El libro *Soledad Acosta de Samper y el discurso letrado de género, 1853-1881* nos trae de vuelta al presente, a través de una rigurosa investigación de Carolina Alzate, los primeros años de escritura narrativa de una autora que sobrevoló las limitaciones sociales de su momento y se hizo un lugar en el ámbito público de la escritura. Soledad Acosta (Bogotá, 1833-1913) pertenece a la primera nación de letrados tras la independencia de su país como colonia y, por lo tanto, al núcleo fundacional de intelectuales que trabajó con ahínco para la conformación de su patria como nación. Se trata de un momento en el que el analfabetismo femenino estaba muy extendido incluso entre las clases más altas. La mujer era definida como hija, hermana, esposa o madre y siempre debían encontrarse bajo la tutela de un varón en el ámbito privado del hogar, que se configuraba como el lugar donde la mujer debía desarrollar los deberes que el hombre le atribuía. En este sentido, Soledad Acosta resulta una excepción de lo que los intelectuales de aquel momento señalan como modelo de mujer. Ella sabía leer y escribir con total desenvoltura, deseaba manejarse en el ámbito de lo público, ayudar a la formación de su país y a la definición como mujer del papel de sus congéneres dentro de esta nueva patria en construcción. De esta forma, se convirtió en una de las escritoras más fructíferas de su momento: realizó traducciones, otorgó a las prensas veintiuna novelas, cuarenta y ocho cuentos, cuatro obras de teatro, cuarenta y tres ensayos sociales y literarios y veintiún tratados de historia. También, fundó y dirigió cinco periódicos. Estas cifras, no obstante, siguen abiertas a estudios posteriores que ayuden a una clasificación más completa y exacta de su bibliografía. Todo ello, en un contexto cultural que apremiaba a las mujeres a mantenerse alejadas del espacio público y desarrollarse en un segundo plano. En cambio, Soledad Acosta recibe una educación que no era la común para el grueso de las mujeres de su época. Su padre era el general Joaquín Acosta, diplomático, historiador y geógrafo, y su madre era inglesa, por lo que tuvo acceso

a otros ámbitos y a espacios más oportunos para la educación de las mujeres orientada hacia una autonomía propia en contraste con el medio hispano católico predominante.

Soledad Acosta se inició en la escritura de diarios íntimos desde una edad temprana, aunque el primero de ellos que se conserva recoge el periodo de un año y ocho meses comprendido entre 1853 y 1855, tras el cual se forja como escritora. En este, reflexiona sobre la educación que recibe, sus lecturas, la historia de su incipiente nación y sobre uno de los temas que recorrerá toda su obra: el espacio de acción tan restringido en el que deben desarrollarse las mujeres. En 1859 comienza su escritura pública como corresponsal desde París de la *Biblioteca de Señoritas* de Bogotá y también de *El Mosaico* de Bogotá y *El Comercio* de Lima. Tras su regreso a Bogotá en 1864 y la publicación de relatos y novelas por entregas en varios periódicos de dicha ciudad, ve la luz su primer libro: *Novelas y cuadros de la vida suramericana*. Más tarde publicaría las novelas, calificadas como psicológicas, *Laura* (1870), *Constancia* (1871), *Elisa* (1876) y *Una holandesa en América* (1876). En estos textos, la autora reflexionará sobre sus inquietudes sobre el ideal femenino frente a la subjetividad femenina de la clase letrada en el espacio restringido en el que debe desarrollarse. En 1878 fundó su primer periódico, *La Mujer. Revista quincenal. Exclusivamente redactada por señoras y señoritas, bajo la dirección de la señora Soledad Acosta de Samper*, que circuló hasta 1881 en un total de sesenta números. La sociedad colombiana del momento tenía plena conciencia de la importancia de la prensa como conformadora de la opinión pública y como proyecto pedagógico, dos características que no escapan a las intenciones de Soledad Acosta. La revista quiso constituirse como un espacio de visualización y promoción de la escritura pública de las mujeres colombianas. En esta, publica en siete entregas su novela *Doña Jerónima. Novela de costumbres neo-granadinas*, entre otras, y será el lugar donde dará el salto paulatino de la novela psicológica que hasta entonces había desarrollado, a la que ella llamará novela de costumbres. No obstante, Carolina Alzate, afirma que la voz de Acosta no circuló como podía esperarse si nos atenemos a la escasez de referencias de sus contemporáneos sobre ella y al olvido que sepultó su obra tras su fallecimiento. Así, la investigación de Alzate arroja nuevas perspectivas sobre una autora que promovió un feminismo liberal que buscaba ampliar el estricto espacio de actuación de las mujeres en la clase social letrada a la que pertenecía. Sin embargo, esta lucha de género no se extendía a otros grupos subalternos pertenecientes a otros estratos sociales y que aparecerá inequívocamente en sus novelas de costumbres. En lo fundamental, no violenta los modos de pensamiento en los que su clase comprende y fundamenta a la nación y a la sociedad como un todo indivisible. Como hemos visto, por el contexto histórico-social en el que se movían, las escritoras de aquel momento debían encontrar una manera de insertar sus voces en el ámbito patriarcal de lo público que no violentara los valores morales establecidos.

Cruzando el tiempo y las fronteras de nuevo hasta los prolíficos años finales del primer tercio del siglo xx en la España de la II República, nos encontramos de nuevo a otra autora, Lucía Sánchez Saornil (Madrid, 1895-Valencia, 1970), que circuló entre la escritura y la redacción periodística. El libro *Lucía Sánchez Saornil. Poeta, periodista*

y fundadora de *Mujeres Libres* (La Malatesta, 2014) nos devuelve nuevos datos biográficos de la autora y una recopilación de sus artículos periodísticos, cuya selección ha corrido a cargo de Antonia Fontanilla Borràs y Pau Martínez Muñoz. Sánchez Saornil comienza a publicar sus primeros poemas en 1916 en la revista *Los Quijotes*, que nace por medio del impresor Emilio G. Linera y en la que empiezan a escribir algunos de los poetas más representativos del ultraísmo. No obstante, aquella colaboración, en algunos casos bajo el seudónimo de Luciano de San Saor, quedará interrumpida y su material poético no trasciende más allá de 1929. No obstante, publicaría en 1937 su único libro de poemas: *Romancero de mujeres libres*. En este sentido, la profesora de literatura Rosa María Martín Casamitjana se encargó de recuperar su obra completa en 1996 junto al resto de su poesía inédita.

Sánchez Saornil pasa a ser en 1933 secretaria de redacción del diario confederal *CNT*, órgano de la Confederación Nacional del Trabajo, publicación que viviría altibajos en su publicación, pues se vería interrumpida por huelgas y suspensiones. Para sostenerse, la autora compartirá la redacción de *CNT* con la secretaria de la Federación Nacional de la Industria Ferroviaria. Pertenecía como periodista al sindicato de Profesionales Liberales de la CNT y había colaborado con el diario referido y otros medios afines de principio de los años treinta como *El Libertario*, *La Tierra*, *Campo Libre*, etc. Desde esa triple vertiente de periodista, mujer y anarquista, da muestra de sus inquietudes y preocupaciones que ocupan desde la cuestión política hasta la denuncia de los prejuicios contra las mujeres (“La cuestión femenina en nuestros medios”, 1935) que todavía seguían imperando hasta en sus propias filas revolucionarias. Esta defensa política y cultural de la mujer, se concretará más tarde con la creación de la revista *Mujeres Libres* y la Federación de Mujeres Libres. Fundada por Sánchez Saornil, Mercedes Comaposada y la doctora Amparo Poch y Gascón, el primer número vio la luz a finales de abril de 1936. La publicación tuvo un total de 12 entregas. Fue una revista escrita solo por mujeres para completar, entre otros, los compromisos de atracción y formación de la mujer en los medios libertarios que las corrientes anarquistas propugnaban. *Mujeres Libres* contó con colaboraciones de la escritora Carmen Conde, la revolucionaria alemana Etta Federn o la maestra Pilar Grangel, pionera en la formación en torno a 1934 del Grupo Cultural Femenino de Barcelona que después se fusionaría con *Mujeres Libres* de Madrid. Con el estallido de la Guerra Civil en 1936, no obstante, la revista cambiaría hacia derroteros más combativos.

Sánchez Saornil resiste en Madrid los embates de la Guerra Civil hasta 1937, cuando es trasladada a Valencia e incorporada a la redacción del semanario gráfico *Umbral*. Allí conocería a América Barroso, que junto a su familia, desempeñaría un papel importantísimo en la vida de Lucía al integrarla en su seno más íntimo tras su vuelta a España en 1942. Para *Umbral* realiza reportajes gráficos por toda la geografía española donde se lucha por la revolución e informa de la vida social y económica que se desarrolla en estos lugares. En agosto, poco después de su llegada a Valencia, comienza el Congreso Nacional de Mujeres Libres, donde se constituyó la Federación Nacional de Mujeres Libres y cuyo acto de clausura en el Teatro Apolo estuvo a cargo de Sánchez

Saornil, Luqui, García Giménez y Montseny. A finales de 1937 se traslada el semanario *Umbral* a Barcelona y con este también Sánchez Saornil y Barroso. Posteriormente, del mismo modo, se desplaza el Consejo Nacional de SIA a Barcelona desde Valencia, confiando a Sánchez Saornil la sección de Prensa y Propaganda. Desde esta organización, desarrollará una labor encomiable y muy activa contra el fascismo, sin dejar tampoco de lado su trabajo en Mujeres Libres y su Federación hasta los últimos días de la Guerra Civil, tras los cuales prosigue su activismo político y social desde París. Desde allí, trata de ayudar a aquellos españoles que logran esquivar los campos de concentración franceses. Por todo, el desencanto de Lucía con la Francia republicana que muchos esperaban encontrar con los brazos abiertos, fue un gran golpe para ella, pero no por ello dejó de luchar. Incluso, desde las páginas del semanario *SIA* protesta por el trato que se les da a los españoles en esos campos franceses, por lo que pide respeto a su condición de expatriados. Desde estas páginas siguió clamando contra el horror hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, lo que la obligó a marchar hacia el sur por la ocupación alemana. Definitivamente, en 1942, Sánchez Saornil y Barroso, que se habían mantenido juntas, retornan a España por miedo a los alemanes de la forma más discreta posible. Una vez en España, no hay conocimiento de que ambas se dedicaran a actividades subversivas contra el régimen dictatorial más allá de las preocupaciones materiales para su subsistencia, hasta su traslado definitivo a Valencia desde Madrid por miedo al cerco de la policía sobre ellas. Durante diez años, la poeta estaría sin documentación y, por tanto, sin cartilla de racionamiento, por lo que su lucha por el día a día era todavía más grande. Lucía Sánchez Saornil nunca dejó de escribir poesía, incluso más allá de la escritura, desarrolló su labor como pintora, aunque completamente alejada de la proyección pública.

Dejando atrás esa doble vertiente de periodista y poeta que aunaba Lucía Sánchez Saornil para adentrarnos únicamente en el ámbito de la poesía, encontramos a una de las grandes voces de la poesía española del siglo xx y de nuestra contemporaneidad: María Victoria Atencia. Pese a no haber concurrido nunca a los premios literarios, la solidez de su carrera poética ha sido reconocida con la concesión de diferentes galardones como el Premio Nacional de la Crítica (1997), el Premio Andalucía de la Crítica (1998), el Premio Luis de Góngora de las Letras Andaluzas (2000), el Premio Internacional de Poesía Federico García Lorca (2010), el Premio Real Academia Española (2012) y el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (2014). Es Hija Predilecta de Andalucía 2005, Medalla de Oro de la Provincia de Málaga en ese mismo año, Medalla de Honor del Instituto de Academias de Andalucía 2014. Forma parte de las Reales Academias de Bellas Artes de Málaga, Antequera, Cádiz, Sevilla, Córdoba y San Fernando. También, se le otorgó el Honorary Associate de The Hispanic Society of America de Nueva York y un doctorado honoris causa de la Universidad de Málaga. Siguiendo esta estela de reconocimientos y con motivo del nombramiento como Autora del Año del Centro Andaluz de las Letras 2014, se presenta la exposición en su honor y el catálogo de la misma, ambos titulados *María Victoria Atencia: Reina blanca de nuestra poesía* (Sevilla: Consejería de Educación, Cultura y Deporte). Coordinado por

Antonio Gómez Yebra, reúne una serie de trabajos en torno a la vida y obra de Atencia escritos por investigadores, poetas e intelectuales como el propio Gómez Yebra, Xelo Candel Vila, Pablo García Baena, Clara Janés o María Payeras Grau, entre otros.

Nacida en Málaga en 1931, comienza su andadura literaria en torno a la revista de poesía de la misma ciudad: *Caracola*. En su carrera será muy importante el inicio de su relación con el poeta, impresor e investigador Rafael León, con el que años después contraería matrimonio. Será precisamente él quien publicará por sorpresa, hasta para la propia Atencia, el primer volumen de la autora: *Tierra mojada* (1953). A través de este volumen pueden ir desgranándose las relaciones que estableció en el mundo literario, gracias a personalidades cuya amistad cultivó, como Bernabé Fernández Canivell, *alma mater* de la mencionada revista malagueña. De esta forma, estableció contacto con Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso o Jorge Guillén, así como con aquellos intelectuales y escritores que debido a la dictadura franquista tuvieron que exiliarse, como el matrimonio formado por Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, a quienes les envían arena de sus añoradas playas malagueñas, Rosa Chacel o Luis Cernuda. Y no solo ha quedado testimonio de ello a través de parte de su correspondencia conservada y que se reproduce en las páginas del volumen, sino también por medio de las fotografías de toda una vida de la poeta malagueña, donde lo público y lo privado se hacen uno.

Así, va recopilándose la trayectoria literaria y vital de una autora que por su personalísima palabra, pudo elevarse por encima de los moldes generacionales que la pretendían por edad (Generación del 50) o por afinidad de estilo (Novísimos). La autora marca como primera de sus obras *Arte y parte*, publicada en 1961 y a la que seguiría *Cañada de los ingleses* ese mismo año. Tras una interrupción de 15 años en sus publicaciones literarias, donde fue piloto de aviación, publicaría algunos de sus poemarios más conocidos: *Marta & María* (1976), *El mundo de María Victoria* (1978), *El coleccionista* (1979), *Compás binario* (1984), *Ex libris* (1984), *Paulina o el libro de las aguas* (1984), *Trances de Nuestra Señora* (1986), *De la llama en que arde* (1988), *La pared contigua* (1989), *La señal* (1990), *La intrusa* (1992) y *El puente* (1992). La poesía que ha desarrollado en estos años se ha caracterizado por una mirada contemplativa y de tono reflexivo, ello acerca su palabra hacia lo espiritual, hacia la diáspora de matices encontrados en la realidad que dotan al poema de múltiples significaciones y lecturas. En estos años también ha publicado pequeños cuadernos en ediciones restringidas y no venales cuyo cuidado era exquisito, que en muchos casos adelantaban poemas que después incluiría en sus libros ya citados. Atencia publica el poemario *Las contemplaciones* en 1997, que da comienzo a la que se considera su etapa final, marcada por un vuelco definitivo hacia la espiritualidad, hacia lo no visto pero sí sentido que llena de matices y belleza lo real. Ese mismo año, publicaría también *A orillas del Ems*, al que seguirían *El hueco* (2003), *De pérdidas y adioses* (2005), *El oro de los tigres* (2011), *El umbral* (2011) y la antologías *Como las cosas claman* (2011), *A este lado del paraíso* (2014), *Las iluminaciones* (2014) y *El fruto de mi voz* (2014), este último con motivo del Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana que habíamos comentado con anterioridad.

La atención puesta sobre María Victoria Atencia y su obra en el momento de su misma producción, en contraste con las del resto de las autoras de otras épocas recuperadas únicamente en la actualidad, es síntoma de la nueva atención crítica que gozan las escritoras durante estos últimos tiempos. Hemos tenido que esperar cinco mil años para devolver a nuestra historia cultural el nombre del primer escritor conservado hasta ahora, la sacerdotisa Enheduanna, y tras ella a los cientos de mujeres que cultivaron la palabra y dejaron su trabajo en la piedra, la arcilla o el papel para la posteridad. Un trabajo que todavía tiene muchos nombres por sacar del olvido. Las investigaciones que recogen los volúmenes comentados en estas breves páginas sirven para seguir incorporando voces todavía por descubrir para gran parte del público lector. De la misma forma en que Enheduanna cantaba a los dioses, se afianza el círculo de nuestra historia literaria hasta llegar al canto serenísimo de María Victoria Atencia. Por el momento.

OBRAS RESEÑADAS

- Alzate, Carolina (2015): *Soledad Acosta de Samper y el discurso letrado de género, 1853-1881*. Madrid/Frankfurt a. M.: Iberoamericana/Vervuert.
- Baranda Leturio, Nieves/Marín Pina, M^a Carmen (2014): *Letras en la celda. Cultura escrita de los conventos femeninos en la España moderna*. Madrid/Frankfurt a. M.: Iberoamericana/Vervuert.
- Chacel, Rosa/ Moix, Ana María: *De mar a mar*. Edición de Ana Rodríguez Fischer. Barcelona: Editorial Comba.
- Fernández, Pura (ed.) (2015): *No hay nación para este sexo. La Re(d)pública transatlántica de las Letras: escritoras españolas y latinoamericanas (1824-1936)*. Madrid/Frankfurt a. M.: Iberoamericana/Vervuert.
- Ferrús, Beatriz/Bustamante, Fernanda (2015): *Miradas cruzadas: escritoras, artistas e imaginarios (España-EE.UU., 1830-1930)*. Valencia: Universitat de València.
- Fontanilla Borràs, Antonia/Martínez Muñoz, Pau (2014): *Lucía Sánchez Saornil. Poeta, periodista y fundadora de Mujeres Libres*. Madrid: La Malatesta.
- Gómez Yebra, Antonio (ed.) (2014): *María Victoria Atencia: Reina blanca de nuestra poesía*. Sevilla: Consejería de Educación, Cultura y Deporte.
- Janés, Clara (2015): *Guardar la casa y cerrar la boca: En torno a la mujer y la literatura*. Madrid: Siruela.
- Montagut, M^a Cinta (2014): *Tomar la palabra. Aproximación a la poesía escrita por mujeres*. Barcelona: Aresta.

FRAN GARCERÁ es contratado predoctoral FPI (2015-2019) del Instituto de Lengua, Literatura y Antropología (CCHS-CSIC), donde lleva a cabo su tesis doctoral bajo la dirección de la Dra. Pura Fernández y de la Dra. Xelo Candel Vila. Es licenciado en Filología Hispánica por la Universitat de València, donde también ha cursado el Máster Universitario en Estudios Hispánicos Avanzados. Ha colaborado en publicaciones como *Quimera*, *Revista de Literatura*, *Olivar*, *Revista de Literatura y Cultura Españolas*, *L.E.M.I.R.*, *Revista de Literatura Española Medieval y del Renacimiento*, *Cuadernos de Aleph*, *Astorica*, *Tirant* o *Contrapunto*. Forma parte del Grupo de Investigación sobre Cultura, Edición y Literatura en el Ámbito Hispánico (siglos XIX-XXI), GICELAH.